

bre ellos, quedan inundados de luz. Allí donde no penetra su luz, reinan profundas tinieblas, en las que nada se distingue.

Lo que se ha armonizado con Él, es durable, y lo que le ha sido opuesto, ha pasado sin dejar rastro. Vano ha sido cuanto no se ha formado de acuerdo con Él.

En Él ha sido colmado todo deseo de felicidad, toda sed de verdad y de belleza en los pueblos.

Con frecuencia se ha vanagloriado el mundo de su ciencia y de su virtud. Pero todo lo que no ha sido un reflejo de su sabiduría, todo lo no conforme con su santidad, se ha disipado cual vana ilusión.

Los que dirigían los destinos de las naciones han creído obrar maravillas conculcando sus leyes y rechazando sus instituciones. Pero ahora vese claramente que han conducido el mundo á su ruina. Los pueblos que les han tributado sus aplausos, compartiendo así sus faltas, los maldicen, y se maldicen á sí mismos, por haber rechazado el yugo del Señor.

A la luz de la eternidad, ven ahora los hombres que, en todos los dominios, en la vida de los Estados como en la de las sociedades, es verdaderamente la cruz de Jesucristo—lo que, por otra parte, ha sido siempre, siquiera estuviese envuelta en la oscuridad del misterio—el guía, el poste indicador de la historia. Y ven igualmente que Aquél que murió en ella, para dar al mundo la vida por la muerte, es como la piedra angular de los pueblos y de los tiempos.

Ahora bien, el que ha visto en esta piedra una piedra de escándalo, se ha estrellado contra ella. ⁽¹⁾ Pero el que sobre ella ha edificado, ha triunfado de todas las tempestades. ⁽²⁾

La humanidad ha puesto todas las piedras fundamentales posibles. Pero ahora que su historia ha terminado,

(1) Matth., XXI, 42. Act. Ap., IV, 11. Rom., IX, 33. Eph., II, 20. I Petr., II, 7. Cf. Lorin, *In Psalm.* 117, 22.

(2) Matth., VII, 24, 25.

evidente es á todos que nadie puede poner otra que la que ha sido puesta. Ahora bien, esta piedra es Jesucristo. ⁽¹⁾

¡Cuán clara aparece ahora la historia universal, vista á esta luz, á la mirada de los santos, y cómo sumergen con satisfacción en sus misterios sus miradas!

Descorridos están todos los velos, y puestas en evidencia todas las mentiras. Toda apariencia es reducida á la verdad, á Dios.

¡Cuán mezquinos aparecen ahora los supuestos grandes hombres y grandes acontecimientos de la historia!

¡Cuán grandes son, por lo contrario, aquéllos que, por amor á Jesucristo y por su fe, soportaron la vergüenza y las persecuciones del mundo! ¡Cuán distinto aparece el mundo á las miradas de aquél que lo contempla como Dios lo ha hecho, es decir, desde el punto de vista de la verdad!

«Cada uno de ellos lanza á la tierra una mirada desdeñosa. El mar, los ríos, los imperios, se confunden á su vista, y no forman más que un átomo imperceptible. Asímbrense de que nuestra loca ambición se aferre á sombras, á vano humo, y olvide el cielo que nos llama, para correr tras una grandeza servil y una muda celebridad». ⁽²⁾

Cuando, desde lo alto de una montaña, lanza el viajero una ojeada al paisaje que le rodea, fija especialmente su atención en una cinta de plata, cuyas sinuosidades se desarrollan por la llanura. Involuntariamente la sigue con los ojos, hasta el punto en que desaparece en lontananza. Es un río, el padre de la fertilidad y de la dicha de toda la región. Establecieronse en sus orillas los primeros colonos, y fué testigo de la marcha de la civilización y de la destrucción. Cerca de él pasaban las grandes vías de comunicación. En sus ondas se reflejan las murallas de las ciudades que atestiguan lo que el trabajo y el poder de épocas de lealtad y de fe pudieron crear, pero también las ruinas acumuladas por la locura de tiempos incrédulos. Á lo largo de su curso puede seguirse la marcha de la historia, en

(1) I Cor., III, 11.

(2) Tasso, *La Jerusalén libertada*, XIV, 11.

el bien como en el mal, en la terminación del reino de Dios, como en el hundimiento de todas las bases del orden natural.

Cuando, desde las alturas en que se encuentran, siguen los santos con la mirada la marcha de la historia universal, fijan igualmente sus ojos arrobados en esa cinta de plata que es la Providencia. Ella lo ha conducido todo. Sin notarlo, sin quererlo, la ha seguido la humanidad en toda su historia. A menudo, con su sabiduría y su poder, se ha envanecido el hombre de evitar su dirección, pero cuanto más se ha apartado de ella, más ha favorecido sus planes.

Los mismos santos tuvieron también dudas é inquietudes, cuando el mal era muy grande. Caminando por la debilidad de la carne, y colocados en medio del tumulto del mundo, perdieron á veces de vista el curso de este río, y creyeron que el mundo se había separado de él. Pero nada de eso. Continuaba él su curso con apacible é invencible majestad, y seguían los pueblos, sin darse cuenta de ello, el camino que les indicaba. Sin duda que procuraron detener su curso, pero cada vez que hacían esta tentativa, se ocasionaban una ruina terrible. El pecado, la resistencia á la voluntad y á la dirección de Dios, es lo que ha hecho desgraciados á los pueblos, empobrecido y despoblado los países, y derruído los tronos. ⁽¹⁾

Ahora, la mirada de los santos penetra todo esto por completo. Ve ella cómo Dios ha dejado á los hombres su voluntad para ejecutar la suya. Ve ella cómo Dios ha purificado á los hombres imperfectos por medio de los malos, y cómo ha castigado á éstos por medio de otros peores. Ve ella cómo la desgracia de los hombres y de los tiempos se ha convertido, por gracia de Dios, en su dicha, y cómo la dicha de los que se han separado de Dios, se ha convertido en su ruina. Ve ella cómo los principales dones de la naturaleza y de la inteligencia han acelerado la

(1) Sap., V, 24. Prov., XIV, 34; XVI, 12. Tob., XIV, 13. Hab., II, 13. Zach., VII, 14.

ruina de los pueblos, á causa del abuso que de ellos han hecho, cómo la más brillante civilización no ha sido con frecuencia más que un magnífico barniz, aplicado á una tumba llena de podredumbre, y el presagio de la muerte. Ve ella cuán prudente era que Dios pusiese tantos obstáculos en el camino de su Iglesia, y cuán justo era que castigase á aquellos de sus servidores que hacían uso incompleto de sus dones, y que deseaban armonizar su benevolencia con el amor del mundo. Ve ella que sólo la imperfección en el servicio del Altísimo ha retrasado por tan largo tiempo la terminación del reino sobrenatural de Dios, y, por el mismo hecho, el fin de la historia, y admira tanto más la paciencia y la sabiduría de Dios cuanto que, con instrumentos tan indignos, ha acabado por hacer triunfar el derecho y la verdad.

Penetra esa mirada ahora lo que antes era incapaz de apreciar, á saber, por qué Dios podía tolerar en su reino tantas debilidades, tantos escándalos, tantas discordias; y comprende que lo que antes parecía ser una perturbación en el desarrollo de las obras de Dios, era útil y aun indispensable para poner al descubierto los gérmenes secretos de graves enfermedades, para obtener la purificación del todo y el triunfo completo del débil hombre de bien.

¡Qué gozo debe experimentar el espíritu humano, cuando después de procurar por mucho tiempo inútilmente resolver todos estos enigmas, conoce por fin la verdadera historia, y ve solucionada la más difícil de todas las empresas científicas, porque ha dado con una filosofía de la historia completa y sin error!

¡Con qué alegría darán gracias á Dios los santos por haberlos hecho partes de la humanidad, de la que antes se avergonzaron tanto, cuando la verdadera humanidad haya desatado ese nudo de astucia y de maldad, en apariencia imposible de desatar!

Pero ¡cuán llenos de respeto y veneración á Dios deben estar, cuando ven los triunfos que su sabiduría, su paciencia, su justicia, su amor, su omnipotencia y su providen-

cia han obtenido sobre tantos obstáculos que parecían invencibles!

Toda la historia se les ofrece entonces como una epopeya y un drama tan grandiosos, que no podrían ser comparados á ninguna obra de este género, como una cadena de inexplicable belleza, en la cual no falta un solo anillo.

Desde el principio, no había más que un plan, el cual ha sido maravillosamente ejecutado en cada período de la historia. Todo ha trabajado en su realización: Dios, sus ángeles, los hombres—los buenos y los malos—los espíritus caídos, las criaturas no libres. Cada incidente estaba ya previsto de antemano. Desde la eternidad estaba preparado el remedio á toda perturbación. Los santos han trabajado en él como maestros, los enemigos de Dios como peones, los niños libremente, los esclavos por fuerza, y por encima de todos se alzaba invisible, pero eternamente activo, el divino Artista, el Maestro maravilloso, dirigiéndolo, mejorándolo y acabándolo todo por sí mismo.

Ahora está ya realizada la obra magnífica, y es digna de Aquél que la ha concebido.

11. El cortejo triunfal del Cristo y de la humanidad.—Al lanzar una mirada á este abismo de las maravillas del amor, de la sabiduría y del poder de Dios, todos los elegidos experimentan un temblor repentino, y, como obedeciendo á una consigna, se levantan y entonan el *Te Deum*.

Pero sólo cantan la primera parte. En vez del final, como se canta aquí bajo, ahora que conocen las vías del amor, y que están en seguridad contra toda miseria, cantan: «No hay ninguna obra salida de tus manos que no acabe por el amor, como por él tuvo principio». ⁽¹⁾

Entre tanto, se ordenan como en un cortejo triunfal.

¡Qué asamblea! ¡Qué honor el de ser miembro de esta comunidad maravillosa de hombres perfectos!

Cuando contempla uno tan sólo al más pequeño de ellos, murmura lo que en otro tiempo se dijo en el Senado romano: «¡Son reyes!»

(1) Calderón, *Maler seiner Schande*, (Eichendorff, S. W. V, 556).

Pero son más que reyes. Los reyes son mortales y están llenos de defectos humanos. Pero éstos están exentos de faltas, son superiores á toda debilidad, y llevan consigo el signo de un reino sobrenatural.

Y, sin embargo, son á la vez tan sencillamente humanos, tan perfectamente naturales y amables, que en la mayor parte de ellos brilla la naturaleza humana con tal magnificencia como nadie podría imaginársela aquí bajo.

Pónese luego en marcha el cortejo, cortejo glorioso entre todos, por cuanto es el cortejo triunfal de Jesucristo, y al propio tiempo el cortejo de la verdadera humanidad transfigurada.

Este triunfo es superior á todos los demás, pues los de aquí bajo se componen de vencedores en el colmo del júbilo y de vencidos deshonorados, encadenados, en tanto que aquél comprende exclusivamente miembros que son á la vez vencidos y vencedores. Para ellos, la derrota es un honor mayor que la más brillante victoria, y la sumisión libre es el único motivo de su participación en la gloria.

Aquí todos son botín de victoria del Salvador, en honor de quien se celebra este triunfo, al propio tiempo que en honor de los vencedores triunfantes.

Todos son corona de Jesucristo y ornamento de la humanidad.

Por eso el estandarte del Redentor, la Cruz gloriosa, superada por la corona de espinas, abre la marcha.

Síguenlo cuantos han servido honrosamente guiados por él. Cada uno de ellos ostenta en su frente la corona de la victoria; cada uno de ellos muestra llagas y cicatrices, prueba gloriosa de las luchas que ha reñido; cada uno de ellos va cargado con el botín de sus victorias.

No falta ninguno de los que han honrado la dignidad humana. Aquí los patriarcas, allí los paganos que han suspirado por la venida del Redentor, y han sido fieles á las inspiraciones de su conciencia. Luego los profetas que anunciaron al Salvador y los apóstoles y mensajeros de la fe que predicaron su venida. Más lejos, los doctores que

han enseñado la justicia, los mártires que han sacrificado su vida por Cristo, los confesores que han sufrido oprobios y miserias, las vírgenes, que por su amor han librado el combate más duro, y han conseguido la más pura de las victorias.

¿Quién podría decir dónde, en este ejército, se encuentra la belleza más esplendorosa, la dignidad más sublime? Las estrellas se suceden sin interrupción. Cada una tiene su esplendor propio, cada una parece la más bella de todas, y, sin embargo, su magnificencia desaparece ante la de otra. Estrellas, soles, lunas pasan á millares y millones con su belleza sin cesar en aumento, y difunden, á medida que aparecen, nuevo resplandor y nuevos colores.

No parece sino que el cortejo no ha de terminar nunca. No obstante, nadie se fatiga; tan variado es su aspecto. Flotan los estandartes, flamean las armas, brillan las insignias de la victoria y las coronas, los órganos celestiales, los timbales y trompetas hinchén de armonía las azuladas bóvedas del firmamento. Los himnos de los coros angélicos se unen en concierto armonioso á los cánticos de alabanza de los santos.

Los aromas de la santidad que exhalan los transfigurados de la humanidad, como otras tantas flores, son más suaves que nubes de incienso.

Desde luego, dirígese el cortejo hacia el trono de Jesucristo, para ofrecer sus homenajes á Aquél que, con la efusión de su sangre, ha convertido en triunfadores á los que lo forman.

Pero, al llegar, ofrecen un espectáculo ante el cual palidece todo lo que hasta entonces haya podido verse. Su esplendor aumenta en proporciones inexplicables, sus ojos fulguran, resplandecen sus rostros, flamea su corazón á través de su pecho. Brotan de ellos torrentes de centellas de amor que los hacen casi invisibles. El Hijo de Dios y del hombre, el Salvador, honor y delicias de la humanidad, levántase entonces de su trono, y toma puesto al final del cortejo, revestido de las insignias de rey, de doc-

tor y de pontífice; millares de ángeles le rodean, llevando los trofeos de sus hazañas y victorias,—sus lágrimas, las gotas de su sangre, la imágenes de sus llagas y cicatrices, los frutos de sus plegarias—tesoros todos de un valor inestimable, y de esplendor tan luminoso, que ante ellos todos los soles palidecen.

Á su derecha marcha, apoyada en Él, la Reina de cielos y tierra, el primer miembro de la cristiandad, la mediadora de la salvación eterna. Adelántase ella con magnificencia y esplendor, en comparación de los cuales, la belleza más resplandeciente de una corte terrestre no es absolutamente nada.

En aquel momento, las campanas del cielo lanzan sus alegres sonos. Millares de trompetas hacen vibrar el aire y funden los corazones de entusiasmo.

Todo palpita presa de jubilosa emoción: las columnas y bóvedas del cielo, los ángeles y los bienaventurados, la luz de la misma magnificencia. Lo que ocurrió en el Sinaí es sólo pálida imagen de esto.

Crecen las voces, multiplícanse los coros por millares, transfórmase el entusiasmo en inmenso incendio de caridad.

Entre tanto, el cortejo se ordena en torno del trono del Padre, sobre cuya cabeza se cierce el Espíritu Santo, cuya luz resplandeciente ilumina todo el cielo.

Un silencio solemne sucede al bullicioso júbilo de hace un momento.

Adelántase el Hijo ante su Padre, y le dice con voz potente y dulce, que hace palpar todos los corazones:

«Padre mío, la hora es llegada, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á ti; pues que le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna á todos los que le has señalado. Yo por mí te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste. Ahora glorificame tú, ¡oh Padre! en ti mismo con aquella gloria que como Dios tuve yo en ti antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu nombre á

los hombres que me has dado del mundo. Por ellos ruego, porque tuyos son, y en ellos he sido glorificado. Yo les he dado ya parte de la gloria que tú me diste, para que en cierta manera sean una misma cosa como lo somos nosotros. ¡Oh Padre! yo deseo ardientemente que aquellos que tú me has dado, estén conmigo, para que contemplen mi gloria cual tú me la has dado». ⁽¹⁾ «Mi obra ha terminado, cumplida está mi misión. Sólo me resta por hacer una cosa: poner en vuestras manos mi mandato de Redentor. Todo os lo he sometido; ahora se os somete el Hijo para que Vos seáis todo en todos». ⁽²⁾

12. La corona de la eterna magnificencia.—A estas palabras, se arrodilla sobre las gradas del trono de su Padre, para rendirle homenaje. Todos los concurrentes le imitan en silencio, penetrados de ardiente devoción. Entonces el Padre se levanta con dignidad y dulzura indescriptibles, toma la corona de gloria que destinó de toda eternidad á su Hijo, como representante de la verdadera humanidad, pónesela solemnemente sobre la cabeza, y corona al propio tiempo en su persona á toda la raza humana.

Han trabajado en esta corona todos los que han contribuido, por poco que haya sido, á la realización de la verdadera empresa de la humanidad: profetas, apóstoles, vírgenes, héroes de inmolación y sacrificio, papas, príncipes, sacerdotes, laicos y aun muchos paganos.

Desde Adán hasta el retorno de Henoch y Elías, una multitud de obreros han trabajado en ella, pero no de la misma manera. Las más hermosas partes son las que fueron fabricadas en tiempo de los mártires, de los Padres, de los defensores de la fe y de la moral.

Forman su base las espinas que rodearon en otro tiempo la cabeza sagrada del Redentor. Pero ya no es una corona de ignominia, sino una corona resplandeciente como el oro.

(1) Ioan., XVII, 1 y sig.

(2) I Cor., XV, 28.

En torno de este círculo maravilloso, vense engastadas, en orden incomparable, como ornamentos preciosos, las numerosas buenas obras de los santos, y los dones más preciosos encuéntranse al lado de los más pobres y humildes. Todos han sido aceptados, cualquiera que haya sido el que los ha presentado. Lo único exigido era la sinceridad de la ofrenda.

Á cada don estaba reservado el puesto adecuado para contribuir mejor al ornamento del todo, y ofrecerse á la luz más ventajosa.

Así es como las piedras preciosas más ricas de los principales servidores de Dios, han sido unidas á millares de pequeños corales de pobres sirvientas, de obreros, de viudas, para constituir un todo de valor inestimable.

Considerados aisladamente, muchos de estos dones tendrían quizás mediano valor, pero el Joyero celeste, el Espíritu Santo, que ha fabricado esta corona, ha sabido hacer una obra maestra, que arroba todas las miradas con su belleza artística.

Brillan en ella millares y millares de perlas formadas con el sudor y las lágrimas de servidores, de enfermos, de pobres, y constituyen soberbio encuadramiento á la gema gigantesca que un bienhechor extraordinario ha ofrecido como ornamento á toda una época.

Y precisamente, gracias á estas pequeñas perlas, ganan en magnificencia y esplendor las más grandes piedras preciosas.

Pero las principales alhajas de esta maravillosa diadema son los santos mismos. Rubíes de ella son los mártires, jacintos los penitentes, y diamantes transformados en lirios por arte maravilloso, las vírgenes, todo lo cual constituye la moldura de la corona.

Encima de ella, inmediatamente sobre la cruz que brilla en lo alto, resplandece un diamante, cuya belleza y valor igualan á los de todo el cielo. Es la más pura de las vírgenes, la Reina de los santos, la Madre del Redentor.

Tal es la corona de la eterna magnificencia que el Uni-